

Versus

Sento S.

SU AMBICIÓN
NO TIENE
LÍMITE, NI
SIQUIERA UN
VIDEOJUEGO.



DOS VIDAS, UN
SOLO
OBJETIVO: SER
EL MEJOR

VERSUS



SENTO SALVADOR

Capítulo 1

Análisis de Versus

El futuro ya está aquí.

La libertad como máximo exponente: muévete por el mundo de Versus con tu clan, crea alianzas, explora el inmenso mundo, lucha o comercia para convertirte en tu propio rey.

El rol multijugador masivo en línea está de enhorabuena, y no es para menos. Nos encontramos sin lugar a dudas ante un título histórico, donde podemos vivir las aventuras en primerísima persona. Se acabaron los mandos, teclados, incluso las consolas. Con un simple casco de simulación nos transportaremos al mundo de Versus, donde no únicamente manejaremos a un personaje creado a nuestro antojo, sino que seremos el personaje. Notaremos en nuestras manos la sensación de cargar con un acero en nuestras manos, la pesadez de un casco en nuestra cabeza o incluso la rugosidad de la cuerda del arco lista para disparar a nuestros enemigos (controlados por la máquina o bien otros jugadores).

Se acabaron las pantallas de carga o las vistas en tercera persona. Versus propone una aventura de rol donde el límite es el propio jugador y su imaginación.

5/5

Capítulo 2

1. Tutorial

El barco se movía. Nadie le había dicho que el barco se movería. Claro que no era el único que parecía pasarlo mal, al menos uno de cada cinco en cubierta intentaban hacer caso omiso a su mareo y a los gritos de júbilo del resto.

Él se miró las manos, de piel ligeramente bronceada como correspondería a alguien que hubiera pasado toda su vida de un sitio para otro, recorriendo aventuras, con su nombre susurrado en todos los caminos. También lucía alguna cicatriz que le hacían parecer más rudo. Pese a todo, no llevaba más que unos ropajes de tela y una espada apenas filosa que no le dejaban empuñar en el barco. Seguramente para evitar la carnicería entre todos los novatos que no querían más que lanzarse a la aventura de Versus.

Cerró los ojos, sintiendo el viento aullar entre su cabello a media melena negra. Aquella sensación le agradó de tal forma que hasta notó un cosquilleo en su piel. Pocas veces tenía la oportunidad de gozar de la brisa natural, así que se dejó llevar como un bebé en brazos de su madre.

—Las físicas están muy logradas—. Pensó. Lentamente hasta el mareo fue cediendo terreno al escuchar la madera cantar con un leve crujido reforzado de salitre mientras se mecía.

No lograba desenvainar la espada por más que lo intentara, pero aún con todo le gustaba notar la sensación de la empuñadura en la vaina de su cinto, lamiendo las tiras de cuero con las yemas de los dedos. Deseaba pasar a la acción por primera vez, que por fin le permitieran hacer uso de ella. ¿Quién sería su primer enemigo? ¿Un saqueador? ¿El miembro de algún clan? ¿Una bestia? Ojalá fuera un dragón, uno grande y rojo, con el que pudiera hacerse una buena armadura o conseguir materiales caros, aunque no estaba seguro de que los dragones existieran.

Unos metros a su proa otro par de novatos habían decidido que era buena idea enfrascarse en una pelea a puñetazos entre ellos mientras muchos otros les animaban. ¿O acaso era su popa? Qué más daba, nunca había sabido distinguir las direcciones en el argot marino. Muchos otros intentaban desenfundar su espada corta, pese a que ésta no cedía. Era claro que les indicaría cuando la función estuviera activa, y para entonces él pensaba hacer buen uso de ella. Los otros novatos eran en su mayoría altos y muy fornidos, incluso con más cicatrices que él y algún tatuaje. Todos aquellos, entre los que se incluía, parecían muy fuera de

lugar en un barco tan limpio y ordenado como aquel, donde ni siquiera una astilla de madera parecía fuera de su lugar, y hasta los tripulantes perfectamente uniformados insistían en su pose marcial durante horas. En aquel ambiente, todos los novatos no eran más que chuchos callejeros apestando a orines en mitad de un palacio recién estrenado.

Con todo, decidió que lo mejor era disfrutar de la vista. Era espléndida. Nunca en su vida había creído posible ver un atardecer de un rojizo tan hermoso que casi podía tocarse, acompañado del regurgitar suave de las olas que morían en el casco de la nave. Si se asomaba un instante, podía ver unos cuantos delfines saltar desde el fondo del coral verde en las aguas transparentes para saludarle amistosos. De alguna extraña manera, era más real que cualquier otra cosa que hubiera vivido hasta entonces.

—Esto es increíble. Puedes hasta notar los rayos del sol calentarte —a su lado apareció otro de los novatos. Era muy ancho de hombros, como la mayoría, aunque su aspecto no era tan amenazante al carecer de la mandíbula cuadrada y el pelo largo y rubio. Parecía que tenía frente a él un aspirante a paladín.

Él simplemente asintió plácidamente. Quería darse tiempo para disfrutar del momento. —Vengo de La Liga de las Maravillas, pero creo que nada es comparable, al final todos los lugares eran iguales unos a otros, y los combates predecibles o casi imposibles desde que nerfearon los escudos. Apenas llevo aquí media hora y esto es...bueno, solo tienes que mirar —señaló otra vez al mar, donde un delfín surgió de nuevo. Ésta vez hasta le pareció que le saludaba mientras sonreía.

— ¿Dónde se supone que va el barco? quiero más llegar para comenzar a explorar. Lo primero que haré será forjarme un mandoble para especializarme. ¡Ja! Si apenas me aguanto de la emoción. ¡Creo que hoy ni cenaré! ¡Es más, igual ni duermo!

Él rió también, emocionado. A decir verdad, eso es lo que él pensaba hacer también. Al reír, el paladín mostró una dentadura tan perfecta que a cualquiera le daban ganas de golpearla.

—Vamos a Magnas, la ciudad principal. O al menos eso ha dicho el capitán. Si vuelves donde está, volverá a soltarte el discurso —había repasado el discurso del capitán tres veces, solo por si acaso. Magnas, la ciudad más grande del mundo de Versus, con el mayor puerto construido hasta el momento. El lugar donde todos los novatos iniciaban.

—Me llamo Jaeo, por cierto —le tendió la mano.

—Oryon —replicó mientras le respondió al saludo. Hizo la prueba de apretar todo lo fuerte que su fibroso brazo le permitía, pero Jaeo no mostró ninguna sensación de dolor. Como era de suponer, en Versus el

dolor había sido inhibido.

Antes de que pudieran soltarse las manos, una campana comenzó a sonar por cubierta. Oryon se giró, buscando cualquier señal de alarma. De repente todos los novatos callaron al unísono, como ovejas en el momento de ver un lobo. Fue un instante, únicamente un instante que cesaron los gritos, insultos estúpidos a las madres y amenazas de reportes, pero durante ese momento de quietud reinó el silencio. Luego vinieron los gritos de los marineros mientras señalaban un barco gigantesco de velas negras que se aproximaba.

Todos ellos gritaban asustados de un lado a otro, pese a todo, Oryon y Jaeo intentaron mantener la calma.

— ¿Qué pasa? —en su tono emocionado y ansioso notó también una nota de preocupación.

Oryon no respondió, pero instintivamente se llevó la mano derecha a la empuñadura de su espada corta y consiguió desenfundarla. —Supongo que ahora nos enseñarán a luchar.

La sonrisa de Jaeo desenfundando su arma fue toda la respuesta que él necesitó. Casi no hizo caso a las palabras del capitán, que se escuchaban anormalmente fuertes por todo el navío.

— ¡Esos malditos piratas del Tiburón Dentado han vuelto! Es la cuarta vez que intentan asaltar la Doncella de Marfil este mes. ¡Por las barbas de una sirena, es inconcebible! —el grueso hombre bajó las escaleras con su pata de palo resonando en cubierta. —¡Tú, grumete, da la señal para virar a estribor! Intentaremos una maniobra evasiva —gritó a uno de sus marineros. Alrededor del capitán comenzó a formarse un corro de novatos que el hombre parecía ignorar, pese a que un poco de saliva incluso cayó en la cara de uno de ellos, el cual dio unos pasos atrás ante las risas del resto.

— ¡Pero capitán, los tenemos muy cerca! ¡El abordaje es inminente!

— ¡Maldita sea! Debemos luchar todos. Desenvainad vuestras espadas, novatos de tierra firme. ¡Luchad!

Fue entonces cuando la mayoría se dio cuenta de que era posible empuñar sus armas de principiante. El sonido filoso de decenas de espadas rozando la empuñadura fue lo único que se escuchó en aquel instante.

El barco enemigo se encontraba cada vez más cerca. Podía ver su mascarón de proa, una cabeza de tiburón con espadas como dientes,

acercarse directamente para chocar contra el lateral de su nave.

Apretó fuerte la espada con su mano mientras corría instintivamente al otro lado. Fue de los únicos, la mayoría parecía correr a recibir a los enemigos. En su opinión, idiotas que acabarían muertos en el fondo del mar antes de poder realizar siquiera su primera estocada.

— ¡Luchad, mis valientes! —. El barco tembló cuando la embarcación negra chocó contra ellos. Era un milagro que La Doncella de Marfil no se hubiera partido en dos. Apenas un segundo después, los piratas comenzaron a saltar al abordaje. Muchos eran altos y de barbas descuidadas, incluso el aire comenzó a apestar a ron y azufre.

En respuesta, el capitán gritó la orden de carga, por lo cual los marineros comenzaron a luchar contra ellos en una carrera perfectamente sincronizada. Todos aquellos novatos que no habían caído al mar en la embestida, se les unieron.

Era el momento. Su primer enemigo sería un pirata.

Con un grito en falsete, Oryon se lanzó contra el primer pirata que vio. Si se hubiera parado al menos un segundo a pensarlo, le habría atacado por la espalda para hacerle más daño, pero todo lo que se le ocurrió en aquella carrera fue embestirle con el hombro para hacerle perder el equilibrio. Su enemigo dio un paso en falso, así que intentó aprovecharlo descargando un golpe desde arriba para abrirle la cabeza. Cuantos más enemigos matara, más experiencia conseguiría en batalla.

— ¡Muere! —le acertó en el hombro, y aunque estaba seguro que le había hecho bastante daño, su enemigo no cayó.

— ¡Maldita sabandija! ¡Me comeré tus tripas!

Oryon no pudo evitar reír. Su acento era un poco gracioso. Aun así, intentó no despistarse. Quería acabar cuanto antes. Los piratas enemigos apenas tenían ropas con armadura, pero a decir verdad, ni él ni el resto de novatos tampoco. Aún así, las posibilidades y movimientos eran infinitos. No se limitaban a unos cuantos golpes por defecto, si no que era libre de mover su cuerpo y arma de la manera que quisiera.

No se lo pensó y realizó una finta en la cara del pirata. Supo que había sido un movimiento un tanto torpe y lento en cuanto lo realizó, pero aun así esquivó al pirata barbado y al golpe que le había lanzado desde la derecha. Al girar sobre sí mismo, aprovechó para extender su brazo con la espada y de un salto herir al rival en el brazo. Ahora sí, este cayó al suelo. Su primer enemigo.

Apenas tuvo tiempo de registrar el cuerpo en busca de botín. Fijó su vista en el mascarón del Tiburón Dentado, donde una figura alta y con una capa ondeante rio mientras alzaba una espada.

— ¡Es la pirata Malasangre! ¡Tened cuidado, malandrines, su espada ha matado más marineros que el escorbuto!

Mientras Malasangre saltaba a La Doncella de Marfil, el mástil principal de ésta caía espectacularmente, a apenas unos metros de donde Oryon se encontraba. En ese momento pudo distinguir dos tipos de novatos: los que miraban nerviosos a todos lados mientras intentaban escapar de allí como fuera y los que reían, soñando con matar a Malasangre y quedarse su espada. Oryon acababa de decidir que quería ser de éstos últimos.

Una novata fue la primero en atacar a Malasangre. Era una tipa alta, pelirroja y de grandes pechos, de piel pálida y una cicatriz atravesando su ojo derecho. Logró encadenar un golpe con su espada a la pirata, un corte diagonal en el pecho, de izquierda a derecha antes de que pudiera reaccionar, pero ésta se rehízo sin apenas sufrir daño y despachó a su rival, clavándole su espada brillante en el pecho. Entonces sacó la espada y golpeó con ésta a la mujer otras dos veces. La novata cayó muerta.

Como si esto no fuera más que una provocación, tres novatos atacaron a la vez ésta vez. Otros tantos preferían hacer frente a los piratas comunes, Jaeo entre ellos. Oryon, por su parte, se quedó mirando indeciso. Ya había recibido bastante daño en pelea.

La boss no tardó en deshacerse del primero de ellos, con una patada le hizo perder el equilibrio, y al abrir la guardia le golpeó en la cabeza con su sable. Aún así, los otros dos combatientes aprovecharon para lanzarle unos cuantos golpes mientras no se preocupaba por ellos, dejándola bastante malherida. Cuando la pirata de pelo rapado y dientes amarillentos se giró sobre los novatos, le bastó dos sendos tajos para quitárselos de en medio. Era mucho más rápida que sus subordinados. Pero ya estaba malherida.

—Un golpe crítico. Eso es todo lo que necesito para hacerme con su sable. Podría venderlo en Magnas para conseguir una armadura mejor, o usarla en lugar de la espada estándar que tenía equipada por defecto. Un golpe, eso era todo lo que necesitaba para hacerla caer.

Sin pensarlo dos veces, comenzó a correr hacia Malasangre con su espada de una mano en alto. La idea era simple. La desequilibraría embistiéndola con el cuerpo y al no poder defenderse atacaría a su cabeza. Si le había funcionado con el primer pirata, no veía ninguna razón para que no lo hiciera en el segundo.

—Maldita sabandija. ¡Me comeré tus tripas! —el tono de Malasangre era tan ronco y rasposo que casi hacían daño al escucharlo, como unas uñas rascando una pizarra.

Justo cuando estaba preparado para embestir, supo que se había equivocado. El alcance de ese sable era mayor que el del resto de piratas, y por supuesto que su espada. Apenas se hizo necesario un corte circular de la enemiga para acabar con él. Por suerte no sintió dolor.

Lo único que pudo ver a continuación fue unas letras en rojo. ESTAS MUERTO.

— ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —gritó en su habitación mientras se desenganchaba las gafas de realidad aumentada y apagaba la simulación cerebral. Acto seguido se levantó de la cama. Había pasado horas editando al personaje, todas sus cicatrices, tatuajes, altura, color de ojos...incluso había pensado una maldita historia para poder meterse más en el papel. Oryon iba a ser el hijo bastardo de un rey, expulsado de su país y obligado a buscar fama como mercenario. Pero ahora Oryon estaba muerto a manos de Malasangre en el tutorial de Versus.

Mientras pensaba con amargor en el estúpido videojuego, tiró las gafas encima del colchón.

— ¡Héctor! ¿Sabes qué hora es? ¡Vas a llegar tarde, por el amor de Dios!

El chico suspiró. Su madre siempre le recordaba lo mismo, sin importarle el día. — ¡Hoy no trabajo, mamá!

Durante unos segundos, la mujer no contestó, aunque él estaba seguro que le había escuchado. Efectivamente, volvió a replicarle.

— ¡¿Por qué tienes que gritarme desde la otra punta de la casa?! ¡Ven aquí a hablarme como las personas normales!

Puso los ojos en blanco mientras se sentaba con parsimonia en la silla del escritorio. Quizás más tarde volvería a intentar pasarse el tutorial de Versus.

Capítulo 3

2. Novato

Nada más abrir la puerta del local ya supo que iba a ser un día duro. El barullo de los clientes era la única banda sonora de la hamburguesería. Tiempo atrás, la encargada había intentado incorporar un fondo musical con temas de los setenta. Según ella, la música de Queen, ABBA o Donna Summer eran el acompañamiento ideal para devorar unas patatas fritas recién hechas, sin olvidar cuando mencionó que Imagine, de Jonh Lennon, era una canción pensada para escucharla mientras comías una hamburguesa con beicon. No obstante, la realidad había acabado imponiéndose a los deseos de la jefa. La clientela, en su mayoría familia con hijos pequeños o adolescentes ansiosos por su ración de grasas saturadas, no sucumbieron ante los encantos setenteros y prefirieron alzar la voz por encima del hilo musical, considerándolo una molestia para sus conversaciones y convirtiendo la hamburguesería en un corral donde cada gallo intentaba hacer aún más ruido que el de la mesa contigua. Al final, la encargada admitió su derrota y acabó quitando la música, para volver a la realidad de los videos de youtube en el móvil de los chavales con reggaetón sonando permanentemente mientras se contaban el último porro que se habían fumado.

Héctor los odiaba, siempre lo había hecho. Eran esa clase de gente que le habían insultado en sus años de instituto, con su risa idiota y sus motos toscamente modificadas con una lata de refresco rozando la rueda trasera para provocar aún más ruido, como si necesitaran reafirmarse a sí mismo siendo conductores de un modelo particularmente ruidoso de una moto roñosa de baja potencia con pegatinas cutres. Lo que él llamaba una moto de mierda.

— ¡Aquí estás! — una figura de más o menos su edad se le acercó. Era Andrés, un chico de rizos castaños que trabajaba con él. —Menuda viciada te pegarías anoche, ¿verdad? ¡Cuéntame que tal Versus! Yo me lo compraré nada más salga del trabajo y pienso pasarme toda la noche jugando. Mañana y pasado libro, así que raro será si no se me caen los ojos por jugar 48 horas seguidas —rió Andrés. Héctor sonrió por compromiso.

Ambos atravesaron juntos la puerta que daba a las cocinas para poder fichar mientras se colocaba la gorra con el símbolo corporativo en su grasiento pelo. Se arregló la camisa para pasársela por debajo de la cintura. Cada vez los botones de la camisa le apretaban más. Era difícil

llevar una vida sana trabajando en aquel lugar.

— ¿Ya habéis entrado? ¡Genial! ¡Héctor, te necesito en plancha! Tienen que salir tres menús Onyon a la de ya. Andrés, debo cinco hamburguesas con queso, ponte a ello.

Héctor suspiró, intentando hacer caso omiso a los gritos provenientes de la impaciente clientela. Aquel iba a ser un día duro.

—A sus órdenes, capitana —replicó Andrés. —Que te jodan—es lo que a Héctor le habría encantado contestar.

La carga de trabajo descendió un poco después de la hora de comer. El olor a aceite, grasa y sal ya se había impregnado en sus ropas, aunque a decir verdad Héctor ya dudaba de que no fuera su olor permanente. Se había acostumbrado a él, igual que a los diminutos granos de su mentón, que no acabaron de desaparecer al pasar la edad del pavo, aunque intentaba camuflarlos con una barba rala. Era consciente que su aspecto era la principal razón por la cual no le ponían a atender a los clientes en la barra. Al contrario, él era como los Oompa Loompas, aquellos monstruitos de la Fábrica de Chocolate que hacían todo el trabajo para Charlie mientras éste se llevaba todo el mérito.

—No te creas que te vas a librar de hablarme de Versus. ¡Joder, estoy impaciente por salir de aquí, pasar por la tienda, ir a mi casa y jugar! ¡Ya solo quedan dos horas para largarnos de aquí! —le preguntó su amigo mientras servía una ración de patatas al frente.

— ¿Todavía quedan dos horas? —se lamentó él, mirando el reloj, cosa que había intentado evitar hacer durante toda su jornada laboral.

— ¡No me cambies de tema! Dime qué tal. ¿Es mejor que La Liga de las Maravillas? No sé ni para qué te pregunto, este es el único juego donde estás dentro de tu personaje y no te hacen falta controles, todo lo manejas con la mente. ¡Cuéntame todo lo que puedas! ¿Llegaste a Magnas? He escuchado que es una ciudad espectacular.

—Dos Onyon con extra de cebolla —les ordenaron desde el frente. Se pusieron manos a la obra de inmediato. Héctor se alegró incluso de tener una excusa para no contestar, pero su amigo no parecía dispuesto a dejarlo ir.

—Oído— replicaron los dos al unísono.

—Creo que me voy a especializar en lanzas. Están diciendo que están rotas gracias a su alcance, siempre y cuando sepas controlar el rango de ataque—. Héctor asintió sin más, enfocándose en su pedido. — ¿Y tú? Seguro que ya te has podido comprar alguna espada bastante

buena, ¿cierto?

—Yo... — interrumpió su frase para pasar a sus compañeros del frente la orden. —Lo cierto es que me mataron.

— ¿En serio? Debía ser una misión bastante difícil. Los streamers están diciendo que algunas mazmorras son muy jodidas si no vas lo suficientemente preparado. ¿Dónde fue? Para intentar evitarlo.

Suspiró de nuevo. ¿De verdad debía confesarlo? No le quedaba más remedio. Al fin y al cabo se acabarían encontrando dentro del juego otra vez. —Fue en el tutorial, contra el jefe, la pirata Malasangre.

Entonces, Andrés rio de forma tan estúpida que a Héctor le entraron muchas ganas de romperle todos los dientes. Ya vería todo lo que se reiría cuando ese boss le matara a él también.

— ¿En el tutorial? ¿En serio? Si todos los noobs se lo pasan. ¡Tiene que ser muy fácil!

Héctor prefirió no contestar.

—Bueno, no es tan malo, si lo piensas.

— ¿Qué no? No soy capaz ni de pasarme la misión más fácil del juego —replicó él mientras sacaba unas patatas de la freidora.

—Vale, te propongo una cosa, Héctor. Cuando salgamos nos pillamos la cena de aquí, de la cocina de la hamburguesería, para no perder tiempo, yo voy a la tienda y me compro Versus. Esta noche conéctate conmigo y jugamos juntos, intentamos pasarnos el tutorial a la vez y exploramos un poco. ¿Qué te parece?

Héctor meditó un segundo mientras bañaba en sal las patatas recién retiradas del aceite hirviendo, para acto seguido compartimentarlas en sus respectivas cajas. Pensándolo bien, no era tan mala idea. Al fin y al cabo, el juego le había costado sus buenos cuartos, no estaría mal sacarle un poco más de provecho.

—De acuerdo. Esta noche a las once, así tienes tiempo para personalizarte el personaje antes de comenzar. Cuando lo crees, dime tu nick y te agrego.

—A las once de la noche, entonces —afirmó Andrés.

...

— ¡Dios mío! Mira que realista es. Es mucho mejor de lo que me imaginaba. Hasta puedo sentir el sol en mi piel. ¿Por qué no me habías dicho que era tan genial, Héctor?

Él apretaba fuerte la espada en su mano, a la espera de que la figura de Malasangre apareciera de una vez por el mascarón de proa.
—Oryon, mi nombre es Oryon.

— ¡Oh, sí! Tienes razón, perdona. Oryon, casi como la hamburguesa, ¿verdad? —replicó Kuro, pues era el nombre que había elegido para el personaje. Acto seguido se puso a luchar contra uno de los piratas que amenazaban el barco. Oryon, por su parte, se quedó atrás. No quería malgastar vida con aquellos enemigos débiles. Quería el premio gordo.

—Ostia p...—musitó alguno de los novatos. Al fin aparecía Malasangre, riéndose igual que la otra vez, mostrando sus dientes amarillos y rasgando el aire con la cuchilla de su voz. Ese mismo novato se abalanzó sin dudarle hacia ella.

—Maldita sabandija. ¡Me comeré tus tripas! —amenazó la capitana pirata al novato, que esquivaba como buenamente podía. Por suerte para él, otro jugador acudió en su auxilio asestando un golpe por la espalda. La vida del boss se resintió y ésta respondió con un tajo circular que casi lo mata. El mismo tipo de golpe que había acabado con él la vez anterior.

— ¡Es la pirata Malasangre! ¡Tened cuidado, malandrines, su espada ha matado más marineros que el escorbuto! —advirtió el capitán. Oryon no les escuchaba, era la misma cadena de acontecimientos que la vez anterior. En apenas unos segundos, el mástil principal de la Doncella de Marfil volvería a caer.

Esta vez, los novatos acabaron rápido con los piratas comunes. Ahora Malasangre parecía rodeada por una decena de ellos, Kuro incluido. Aquello no era bueno en absoluto. Si quería la espada debía tomar riesgos en aquel preciso instante. No tenía más remedio que incorporarse a la pelea.

Saltó con todas sus fuerzas, descargando un golpe ascendente que buscaba cortar el pecho a la pirata. Su enemigo era enorme, superando fácilmente los dos metros y medio. Aún con todo, sus movimientos eran gráciles y naturales, aunque rabiosos, como un perro hambriento. Cualquier jugador apenas le llegaba a la altura del pecho, él incluido, así que debía hacer uso del ingenio. Pese a todo, Malasangre le esquivó fácilmente, y antes de poder tocar tierra para defenderse o esquivar, la rival le acertó un golpe por la espalda. Notó su vida disminuir a menos de

la mitad.

— ¡Joder! —fue lo que quiso decir, pero en lugar de eso un pitido salió de su boca. Era imposible maldecir o insultar directamente dentro de Versus. Oryon pensó que aquello habría sido hilarante de no ser porque estaba a punto de morir de nuevo.

— ¡Cuidado! —le advirtió Kuro. Él se giró a tiempo para ver como Malasangre se enfocaba en él otra vez. Esquivó por los pelos, aunque se dio cuenta que de no ser por que otro de los novatos había desviado el golpe, éste le habría alcanzado de lleno.

— ¿Estás bien? —Preguntó éste. Él simplemente afirmó.

—Es un enemigo muy agresivo. Será mejor que a quien targetee, es decir, aquel al cual se enfoque en atacar, simplemente esquive mientras el resto de nosotros se dedican a bajarle la vida —sugirió Kuro. A su lado, muchos de los otros novatos simplemente asintieron. No parecían querer perder un tiempo precioso en hablar cuando delante tenían un enemigo, aunque se tratara del tutorial.

Oryon no asintió. A decir verdad no hizo ningún gesto que pudiera interpretarse como afirmativo, pero no parecía que nadie se fijara en él. Mejor. Quería la espada de Malasangre. Debía ser suya. La habían creado para que él la empleara. Ya imaginaba las posibilidades. Tenía la forma de un tiburón en la empuñadura, y el filo era de un plata brillante que deslumbraba al sol. Eso por no hablar de su rango, que estaba seguro que se trataba del doble o más que el de su actual espada.

Malasangre comenzó a atacar a otro de los novatos, que parecía alejarse de la pirata para incitar a que ésta se moviera, perdiendo un tiempo precioso que el resto aprovechaban para restarle puntos de salud. Oryon rasgó sus pantorrillas a toda la velocidad que pudo, aunque comprobó que por cada golpe que él daba, algunos novatos conseguían enlazar dos o incluso tres, Kuro entre ellos.

Malasangre se giró de nuevo. Pudo ver como los ojos de ella se cruzaban con los suyos. Sabía lo que iba a pasar, él sería el siguiente objetivo de nuevo.

— ¿Aún seguís vivos? Seréis pasto de los tiburones —rió. —Maldita sabandija. ¡Me comeré tus tripas! — su sable cruzó el aire en sentido descendente. A Malasangre le quedaba muy poca vida. Estaba a punto de caer. Si esquivaba no le daría tiempo a hacerse con el botín, pues sería de algún otro. En cambio, si conseguía atacar...

— ¿Qué haces, Oryon? No seas gili...—la frase de Kuro acabó en un pitido.

Tenía que hacerlo. Él daría el golpe final, suya sería la gloria. Cargó su brazo para lanzar el golpe con la mayor fuerza posible. Solo entonces se dio cuenta de que no lo conseguiría. Malasangre era muy rápida. Demasiado. Apenas levantaba él su arma y ya estaba a punto de recibir un golpe definitivo.

Pero el golpe no llegó. Frente a él se interpuso otro novato, uno de cabello rubio, no demasiado alto y de hombros anchos cubiertos por un gran tatuaje de una serpiente. Era Kuro. Interpuso su espada para cubrir el golpe, aunque no fue suficiente para bloquearlo por completo, si lo amortiguó. La vida de su amigo bajó a mínimos.

Mientras tanto, el resto de novatos atacaron por la espalda a la pirata. Uno de ellos saltó para clavar su punta en el cuello. Aquello pareció ser suficiente. Malasangre caía.

— ¡Mi clan pirata me vengará! Mi sangre será la tinta de vuestra sentencia de muerte.

De una forma un poco tétrica, el cuerpo de la boss se encontraba entonces frente a ella. Pese a todos los tajos y golpes lanzados, ninguno de los piratas caídos o de los novatos presentaba ni gota de sangre. Aún con todo, el panorama encima de la Doncella de Marfil era desolador. Decenas de cadáveres, la inmensa mayoría de los asaltantes, aparecían diseminados por cubierta.

— ¡Me ha tocado! ¡No me lo puedo creer! —frente a él, Kuro sostenía la espada de Malasangre.

— ¿Qué? Pero si tú no has dado el golpe final. ¿Cómo es posible que te lleves la recompensa? —replicó él. No podía apartar los ojos de la nueva espada de su amigo. Era grandiosa. Y debía pertenecerle a él.

Al lado de ellos dos, un novato rió. —¿Acaso no lo sabes? Las recompensas se reparten al azar entre todos aquellos que queden en pie en la batalla cuando el enemigo cae. Sería muy injusto de otra forma.

Oryon cerró la boca. No quería saber nada más de aquella batalla ni del estúpido tutorial. Estaba seguro que habrían muchas más armas que podría conseguir. Al menos, pensó, había acumulado experiencia y subido un poco sus habilidades.

A unos pocos metros, otro novato se sorprendió al recibir como recompensa la capa de la pirata. Aunque inmediatamente se la equipó.

Para sus adentros, reconoció que también la quería.

—Reclutas de agua dulce, habéis matado a Malasangre. ¡Así se hace!
—exclamó el capitán mientras todos los marineros levantaban el brazo en señal de aprobación. —Pongamos rumbo a Magnas. No tardaremos en llegar.

Echó un vistazo furtivo a la espada en el cinto de Kuro. Esperaba que las cosas fueran mejor en el futuro. Es lo que se merecía.

Capítulo 4

3. Mirmidores

El puerto de Magnas era más grande de lo que jamás habría podido imaginar. Oryon intentó calcular cuantas naves podía ser capaz de albergar, pero de lo único que estaba seguro es que se contaban por centenares. Nunca se le había dado demasiado bien el cálculo.

Nada más desembarcar, todos los novatos del barco salieron a tropel, como cabras a las que les han abierto la puerta del redil. Él estaba ansioso también, pero por nada del mundo quería separarse de Kuro. Ir en compañía aseguraba mayor apoyo en las misiones, lo que significaba conseguir más trofeos y aumento de habilidades. Al fin y al cabo, no quería ser un novato para siempre.

—Increíble, esto es....no tengo ni palabras. Quiero decir. ¡Míralo! ¡Esto que tenemos enfrente ni siquiera existe en realidad, Oryon! Y aquí estamos. ¡Hasta lo puedo tocar! —exclamó mientras palmeaba un barril de pescado fresco en una de las calles del puerto. — ¡Huélelo! ¿Acaso no lo notas?

—Huele a pescado —se lamentó. Nunca le había gustado el sabor.

— ¡Exacto! Y ni siquiera es real. ¡Tócalo! —Kuro le lanzó una sardina a la cara, la cual tuvo que interceptar.

—Esto es....

— ¿Maravilloso?

—Asqueroso —el pez resbalaba en sus manos, mirándole con esos ojos muertos. Aunque bien pensado, Oryon imaginaba que si a él le destriparan y le pusieran en un barril tendría los mismos ojos. Acto seguido volvió a meter el pescado en el barril mientras reprimía una arcada.

—Será mejor que nos adentremos en la ciudad. No me he comprado Versus para andar oliendo pescado.

Kuro asintió mientras comenzó a seguirle. Atravesaron el puerto y se toparon con las primeras calles. Magnas parecía toda construida de mármol blanco y dorado, con estatuas de lapislázuli a cada esquina. Todos los edificios eran perfectamente simétricos, incluso los de la calle más

modesta. Las baldosas del suelo, impolutas, parecían haber sido estrenadas unas horas antes. De alguna manera, sintió que estaba mancillando el lugar con sus zapatos de tela. La avenida principal con la que se encontraron parecía tan grande y ancha como las de las ciudades reales, con la diferencia que no había tráfico real, ni siquiera asfalto. Solo mármol y miles de jugadores. A lo lejos pudo distinguir una alta torre que sobresalía, suponía que en centro de la ciudad. Oryon asimiló que necesitaría varios días para explorar la ciudad en su totalidad.

—Buenas gentes, nobles guerreros. ¡Ayudadme! He perdido el collar de mi esposa —un ciudadano se le acercó. Parecía un anciano con la cara de súplica más exagerada que nunca hubiera visto antes. Aun así, las lágrimas parecían a punto de brotar por sus ojos en cualquier momento para surcar las arrugas de su cara.

—Espera —le interceptó Kuro. Aún no.

— ¿Aun no? Es nuestra primera misión, supongo —su amigo le asintió, pero aun así se puso en medio para que no interactuara con el NPC.

—Primero quiero ir a una armería. Ya te lo dije, me quiero especializar en lanzas. Cuanto antes me haga con una mejor. ¿Ya has pensado en que quieres enfocarte?

Oryon quedó pensativo unos instantes, pero supo que la respuesta le rumiaba por la cabeza desde el primer momento que se conectó a Versus.

—Espadas a una mano. Y quizás arcos.

— ¡Oh! —Kuro miró la espada de Malasangre que colgaba de su cinto, la misma que él miraba incesantemente todo el tiempo para recordarle lo injusta que era la vida. Al parecer, a los programadores de Versus les parecía gracioso que su suerte fuera tan patética allí como en la vida real.

—Entonces te la puedo regalar en cuanto me haga con una lanza. ¿Qué te parece? Así los dos iremos bien equipados a nuestra primera misión.

— ¿En serio? Genial. Tú no necesitas esa espada.

Kuro le miró a la cara, helando su sonrisa por un instante. —Claro. Yo no la necesito.

—Buenas gentes, nobles guerreros. ¡Ayudadme! He perdido el collar de mi esposa —el anciano comenzó a andar a otro novato que se encontraba cerca de ellos, ignorándoles ahora completamente.

Les costó casi media hora encontrar una armería. Preguntaron a varios jugadores, pero la mayoría parecían demasiado ocupados en sus propias misiones o hablando sobre las madres de otros como para querer ayudarles. Al menos Oryon debía reconocer lo imaginativa que podía llegar a ser la gente para insultar sin poder usar palabras malsonantes. Al final, gracias a un mapa que encontraron en un tablón de anuncios, lograron llegar a una después de recorrer tres veces la misma calle y cruzar un puente otras tantas veces. Se consideraron idiotas cuando descubrieron que la puerta se encontraba al cruzar una esquina por la que habían pasado anteriormente.

—Adelante, clientes. Bienvenidos a La Espada Novata. Las mejores armas para principiantes. ¿En qué puedo ayudarlos? —ante ellos se desplegó una gran estantería con todas las armas y armaduras disponibles.

Kuro le apuñaló con el dedo en el bíceps —mira esa lanza. ¡Es genial! —Y vaya si lo era, con forma de serpiente, cuya cabeza estaba afilada para simular la punta. Oryon, por su parte, comenzó a curiosear. Lo que vio le encantó. Desde un hacha de filo negro, pasando por una alabarda a dos manos- la cual requería mucha más fuerza de la que él tenía actualmente- hasta un puñal con la forma de una llama. Pero lo que de verdad le encandiló fue un arco, el cuerpo del cual era el pico de un cuervo. Sus estadísticas eran geniales para un novato. No pudo evitar pensar en todo el daño que podría haber hecho a Malasangre sin que ésta pudiera siquiera acercarse. Costaba 3000 monedas. Rápidamente revisó su inventario, solo para frustrarse. Apenas contaba con 530 monedas. Quizás, reflexionó, realizando unas cuantas misiones y consiguiendo el tesoro de éstas, podría reunir lo suficiente.

— ¿2300 monedas por la lanza? Maldita sea. ¡Si al menos tuviera más elocuencia podría hacer que el precio bajara un diez o un veinte por ciento! ¡Tengo 983 monedas! ¿Cuánto tienes tú? Quizás si juntamos todo...

Oryon negó con la cabeza mientras arqueaba sus hombros. De todas formas, ni aunque sumaran tal cantidad entre ambos se lo habría dado. Era su dinero, se lo gastaría en lo que él quisiera.

—Supongo que era demasiado bonito para ser real —se lamentó Kuro.

—Quien algo quiere, algo le cuesta. Es lo que se dice.

—Tienes razón, Oryon —. Kuro miró a su empuñadura. —Quien algo quiere algo le cuesta, ¿no?

—La espada de Malasangre —Rabió por dentro. Era suya. Le pertenecía. Necesitaba aquella arma, era perfecta para él. Ya podía verse con la espada de empuñadura de tiburón y el arco del cuervo, abatiendo

enemigos uno tras otro. Era su sueño y su amigo lo estaba empeñando para hacerse con una lanza de mierda.

—Sé que te la había prometido, pero si la empeño, sumando las monedas que ya tengo, puedo comprarme la lanza que me gusta.

Oryon se giró como si la conversación no fuera con él y se pudo a inspeccionar una coraza roja mate. —Es tuya, haz lo que quieras.

Al parecer, tendría que seguir conformándose con la espada de novato.

..

Por fin habían recuperado el collar del anciano y se lo habían devuelto. No había sido muy difícil, ya que todo lo que se requería era derrotar a tres ladrones de muy bajo rango a las afueras de la ciudad. La recompensa no fue muy alta, apenas unas cien monedas por cabeza, pero se podía dar por satisfecho con los ropajes de ladrón que había conseguido de derrotar a los enemigos. No eran mucho mejores que los de novato, pero estaba harto de ir con la misma armadura que todos los demás novatos.

Acabada esa misión, no les costó mucho encontrar que llevar a cabo.

—La cueva del eco durmiente, creo que hemos llegado —anunció. No estaba demasiado alejada de la ciudad, pues desde allí se podía ver a lo lejos las blancas murallas de Magnas. Allí dentro es donde debía encontrarse el gran lobo que aterrorizaba al pastor. La recompensa no sería muy grande, pero Kuro había mencionado que las pieles de lobo servirían de material para unas armaduras increíbles.

—Vamos. Ese lobo no va a morir solo.

—Eso sería demasiado fácil, ¿Verdad? ¿Y para qué querríamos que fuera fácil si podemos invertir varias horas en una misión de novatos?

Kuro rió —le quitas la emoción a Versus.

La cueva era muy espaciosa, tanto como que unos diez hombres pudieran andar en fila. Nada más pasar la entrada se encontraba una galería irregular, pero con escalones naturales en la piedra a modo de escalera descendente. A lo lejos se escuchaba un eco con forma de aullido, resonando en las paredes húmedas y resbaladizas de la piedra.

—Quizás podamos entrar sin hacer ruido. El sigilo es una habilidad que se puede mejorar —sugirió Kuro.

Oryon se burló —Sí, claro que sí. Y también podemos jugar a las casitas ¿qué te parece? —Entonces hizo una imitación de su amigo con voz de

falsete —mira, estoy en un videojuego con una lanza y juego escondiéndome detrás de una piedra. — Comenzó a andar a pasos seguros y firmes hacia el interior de la cueva, sin escuchar las quejas de su amigo atrás suya.

Nada más descender las escaleras se encontraron con una gran gruta. En ella, una manada de una veintena de lobos les aguardaba con los colmillos preparados para lanzarse sobre ellos. Incluso podía oler sus excrementos y sudor.

Comenzaron a ladrar todos al unísono, aguardando para atacar.

— ¡Aguantaremos aquí, en la escalera! Si avanzamos a donde están ellos nos rodearán.

Kuro intentó añadir algo, pero de su boca solamente surgieron pitidos.

—Tienes toda la razón del mundo —el primer lobo atacó con un salto mientras rugía furioso, pero la lanza de Kuro le paró en el aire. Cayó de un ataque.

—No parecen muy resistentes. Puede que podamos contra ellos.

—Son muchos —otros dos se lanzaron. Uno fue parado de un solo golpe por Kuro, mientras que el otro atravesó el rango de su lanza y se lanzó a por él. Por suerte, Oryon le detuvo de tres estocadas. Quizás con un arma mejor habría podido acabar con el enemigo de un solo golpe.

—Éste es el plan. Tu acabas con todos los que salten hacia nosotros, y si se acercan lo suficiente los remato con mi espada legendaria.

—No parece muy buen plan —ahora fueron cinco lobos los que atacaron.

—Pero es el único que tenemos.

Dos de ellos cayeron en el aire gracias a un movimiento en diagonal de la lanza, otro más recibió un lanzazo, pero sobrevivió. Por suerte Oryon estuvo atento y lo remató antes de que la bestia pudiera reaccionar. Los otros dos lobos sobrevivieron. Uno mordió en la pierna a Kuro y el otro saltó a Oryon para atacarle de un zarpazo. No quería reconocerlo, pero el realismo del juego hacía que fuera difícil concentrarse al luchar contra animales tan bien logrados. Un lobo de verdad lo habría aniquilado en cuestión de segundos, pero allí estaba él, con una espada en la mano, recién recibido un zarpazo y a punto de que también fuera un mordisco, en pie y decidido a acabar con toda la manada.

Cuando el último lobo cayó, Oryon se dio unos segundos para mirar la

cueva.

—Esto aún no ha acabado. El jefe de la mazmorra estará más adelante —señaló otro pasadizo semioculto al lado contrario de la escalera por la cual ellos habían aparecido.

—Primero vamos a revisar los cuerpos.

Tuvo que agradecer el consejo, pues aparte de algunas pociones curativas, pieles de lobo para vender a buen precio y oro, encontró un granate y una daga. Ya sabes lo que dicen, nunca sabes lo que puedes encontrar dentro del cuerpo de un lobo de nivel bajo.

Prosiguieron el descenso por la mazmorra. Esta vez, por mal que quisiera reconocerlo, con mucha mayor precaución para no encontrarse los enemigos tan de repente. Necesitaban armar una estrategia de batalla una vez se encontraran con el boss. Cada vez se escuchaban aullidos más potentes y rabiosos, como si la bestia les estuviera esperando, como si no fueran más que la comida que amablemente iba a ponerse en la boca para que el animal la engullera.

—Esto da un poco de miedo, ¿no crees? Quiero decir, que se han esforzado en hacerlo escalofriante.

Antes de poder responder, una colonia de murciélagos pasó a través de ellos. Ambos se agacharon instintivamente para evitarlos, pese a que sabían de sobra que eran inofensivos.

—Quizás —pero Oryon no se ablandó. No podía. —Pero ya queda poco. Un lobo más y podremos mejorar varias de nuestras habilidades. Quiero que mis críticos con la espada sean más potentes.

— ¡Si, bien pensado! Yo mejoraré mi velocidad con la lanza.

Así vistos, estaba seguro que parecían un par de héroes. Altos, musculosos y sin nada que perder salvo el miedo. Con ese pensamiento, avanzaron lo que quedaba de mazmorra, por suerte sin encontrarse enemigos más allá de un par de lobos comunes.

—Tiene que ser tras esa puerta —señaló Kuro. —Tiene gracia, ¿verdad? ¿A quién se le ocurre poner una puerta acorazada de bronce en mitad de una cueva habitada por bestias?

—Supongo que se trata de la suspensión de incredulidad. No hace falta que tenga lógica real, mientras funcione y sea plausible dentro de las reglas del propio mundo.

—Si...ya. Aun así, una puerta aquí no tiene ningún sentido.

—Tenga sentido o no, aquí es. Vamos.

Kuro asintió mientras la abría. Ambos avanzaron.

Nada más atravesarla, ésta se cerró a sus espaldas.

—La madre que.... — su voz tembló, al igual que sus piernas. Frente a él se encontraba el lobo más grande que jamás hubiera pensado que existiría. Le sacaba una cabeza a cada uno de ellos.

—Un huargo...es un huargo.

El rugido de la bestia retumbó en las paredes de la sala de tal forma que hasta unas piedras cayeron del techo. Sus dientes eran tan grandes como para fabricar una daga con cada uno de ellos, y su cabeza podía ser tan enorme como medio cuerpo de cualquier humano. Era completamente negro a excepción de sus ojos, de un rojo sangre brillante. Oryon notó unos pequeños ratones correr a través de sus piernas, huyendo del depredador.

— ¡Esquiva! —el animal saltó hacia ellos, y si no fuera porque rodaron cada uno hacia un lado, los habría aniquilado allí mismo.

—Jo... —no pudo acabar la palabra sin que unos pitidos salieran de su boca.

— ¡Tenemos que huir, o estamos muertos! Estamos muy por debajo del enemigo. —Kuro intentó abrir la puerta, pero era imposible. Estaban atrapados. Lo siguiente que dijo se tradujo en pitidos indescifrables.

Kuro intentó recomponerse. Rodó a la derecha del huargo para lanzarle un lanzazo que impactó en el lomo de la bestia, pero apenas tuvo efecto. Lanzó una estocada mientras retrocedía, pero obtuvo el mismo resultado. Apenas eran arañazos en la salud del enemigo.

La suerte nunca estaba con él, y lo sabía. En Versus no iba a ser diferente. El huargo se lanzó a por él nada más le divisó. Oryon saltó a un lado cuando el enemigo hizo lo propio hacia él. Con eso logró ganar un poco de tiempo, pero ahora estaba demasiado lejos de él como para lanzarle un ataque con sus espada. No así su enemigo, que apreció divertirse lanzando un coletazo que le impactó de lleno. Ese golpe le bajó mucha vida, siendo que apenas le había rozado.

Intentó correr para alejarse del enemigo. Sabía cuándo una batalla estaba

perdida, pero intentaría ganar todo el tiempo posible.

—Rápido. ¡Uros, al frente! Jaeo, apoyale mientras Maple recarga —esa voz apareció de la nada, al igual que las cuatro figuras que entraron en la sala. Inmediatamente dos de ellas se lanzaron a por la bestia. Una era enorme, con una armadura que lo hacía parecer un coloso. A su lado se encontraba una figura que le resultaba muy familiar con la espada de Malasangre.

— ¿Estáis bien? —una jugadora se les acercó con un gran cuerno de batalla. Inmediatamente sopló de él mientras sus manos pasaban de unos agujeros a otros en el mismo, haciendo sonar diferentes notas. Con ello consiguió tocar una melodía que restauró un poco la salud de Oryon y Kuro.

—Sí. Gracias —replicó Kuro. Al lado de la mujer de cabello negro y un tatuaje surcando su cara, apareció un arquero que disparó contra el huargo.

—Parece que hemos venido justo a tiempo —rió el arquero, un personaje esmirriado, de melena larga y barba de chivo.

—No os preocupéis. Lo tenemos todo bajo control ahora. Parece que el huargo os estaba pegando una soberana paliza. Muchos jugadores de bajo nivel se meten a misiones para las que aún no están preparados y...

—El juego salió hace una semana. Todos somos jugadores de bajo nivel.

A lo lejos, el huargo sufría con los ataques de los recién llegados, pero esto no distrajo a Oryon.

—Unos más que otros. Si no sabéis como subir rápido de nivel, os podemos ayudar. Como habéis participado en la pelea seguro que este boss os da recompensa.

Un flechazo fue el último ataque que recibió el huargo antes de caer. En ese instante Oryon revisó su inventario. Se le había añadido unos zapatos con una armadura muy buena y 5000 monedas de oro.

No pudo revisar nada más, ni siquiera las estadísticas que podía subir, uno de los recién llegados se le acercó a palmearle la espalda.

— ¡Pero si eres tú, Oryon! Soy Jaeo, ¿Me recuerdas? Del tutorial. Menuda coincidencia.

—Claro que te recuerdo.

—Veo que volviste a intentarlo. Me alegro mucho. Yo conseguí su espada, ¿la ves? —se señaló al cinto —no es que sea muy buena, pero tiene un rango aceptable.

— ¿Os conocíais de antes? —replicó la mujer del cuerno de batalla, a lo que Jaeo asintió.

—Del tutorial. Pero desde entonces no nos habíamos visto —añadió él.

Kuro se acercó también a la conversación, estrechando la mano del arquero y del jugador de la armadura enorme. —Muchas gracias, de verdad, sin vosotros, ese huargo nos habría hecho pedazos.

— ¿Ese tipo de la lanza tan bonita va contigo? —preguntó Jaeo. Oryon asintió. Entonces, los recién llegados se miraron unos a otros, como si acabara de contar un chiste que solamente ellos podían entender.

—Veréis, yo mismo me uní al clan nada más acabar el tutorial. Aún somos un grupo pequeño, pero hemos conseguido mejorar en muy poco tiempo. Como ves, avanzamos lo suficiente para hacernos con equipamiento decente —Jaeo palmeó su coraza. No era muy bonita, sino que parecía hierro y cuero simple, pero Oryon estaba seguro de su resistencia. —Soy Jaeo, por cierto —fue a estrecharle la mano a Kuro.

—Yo soy Kuro, intento especializarme en lanzas para atacar con un rango decente.

—Sí, bien pensado. Es una buena técnica de combate. Algunos de los mejores jugadores de Versus la están usando. —añadió el arquero. —Yo soy Maple. Como veis, el rango es lo mío. Mientras los enemigos se enfocan en otros jugadores, yo les bajo toda la vida posible.

—Yo soy en quien se enfocan. Mi defensa y vida hace que sea difícil matarme, así que me pongo al frente para proteger al resto. Me llamo Uros —dijo el gigantón —y ella, la chica del cuerno de batalla es Artema, la líder y bardo, que se ocupa de dar soporte a todos los demás, mejorando nuestras habilidades en batalla y curándonos.

—Encantado —era su turno de presentarse. —Me llamo Oryon. Espadachín a una mano y también arquero.

— ¿Eres arquero también? ¡Déjame ver tú arco! —se emocionó Maple.

—Bueno...aún tengo que comprarme uno. Estoy ahorrando para mejorar el equipo.

—Oh...ya veo —dijo desilusionado.

— ¡Bueno, basta de cháchara! No tenemos todo el día. Hay demasiados jefes que matar y muy poco tiempo ¿Qué decís, entonces? —gritó Artema.

— ¿Qué decimos sobre qué? No nos habéis preguntado nada.

Jaeo y Uros rieron. — ¿Sobre qué va a ser, pedazo de idiotas? ¡Sobre uniros a nuestro clan! Necesitamos manos hábiles en combate, y vosotros otros jugadores que os apoyen.

Oryon y Kuro se miraron un instante. No necesitaron hablar nada.

— ¡Por supuesto! —gritó Kuro emocionado.

—Si —anunció Oryon.

Artema puso su mano en el hombro de Oryon. Inmediatamente pudo notar como una especie de collar aparecía de la nada. Al ponérselo, entraría a formar parte del grupo a todos los efectos—Sea, pues. Bienvenidos a mi clan. A partir de ahora pertenecéis a Los Mirmidores.

Capítulo 5

4. Un equipo apropiado

<<Huid de mi tumba, pequeños mortales, pues aquí yace el Rey Arruinado, último de su linaje, que provocó la caída en la desgracia de Malakath, ciudad antes eterna>> No obstante allí se encontraban, pese a la advertencia en la entrada a las ruinas. Los Mirmidores no eran tan cobardes como para echarse atrás por una simple inscripción en una piedra, aunque muchos les hubieran llamado insensatos.

—Jaeo, Kuro y Oryon al frente. Uros, protégelos —mandó Artema sin dar lugar a réplica. Pensó en mencionar la voz tan graciosa que la líder había puesto, pero si algo habían aprendido era que las batallas no eran un buen lugar para bromas. Un paso en falso, una arremetida mal dada y todo se iría al traste.

—Maple, quiero que comiences a bajarle la vida mientras no te presta atención — el arquero asintió.

—Cual mosca cojonera, lo capto —al parecer, no todo el mundo había aprendido la lección tan rápido como él.

Debía reconocer que le gustaba la batalla. La sensación de que todo se podía arruinar. Estaba caminando sobre una cuerda floja por la que podía caerse de mil maneras diferentes y arrastrar a todos sus aliados en el camino. Como Jaeo le había dicho unos días antes “lo mejor que te puede pasar luchando solo es que te maten rápido”. Aún no sabía si estaba de acuerdo con esa afirmación, pero si sabía que seis guerreros tenían más posibilidades que uno solo. Era una suma demasiado básica como para estar errada.

— ¡A tu izquierda! —Oryon esquivó tajo de la espada del Rey Arruinado y saltó hacia atrás. Estuvo a centímetros de salir malherido. Aquel gigante en armadura apenas vaciló para levantar su espada otra vez, esta vez dirigida a Jaeo, que esquivó sin muchos problemas. Tampoco le hacía falta ser un genio para comprobar que los demás miembros eran mucho más hábiles, rápidos y fuertes que él.

—Oryon, ¡atrás! —gritó alguien a su lado, no supo quién. Aun así estaba demasiado ocupado como para prestar atención a los deseos de nadie. Lo importante era acabar con El Rey Arruinado. Le agradecerían que hubiera desoído las órdenes cuando los traseros de todos estuvieran calientes y

cómodos alrededor de una hoguera.

Se acercó a contraatacar mientras Uros llamaba la atención del boss, que descargó un espadazo sobre el tanque, no obstante la descarga de Oryon se topó con el escudo enemigo, haciendo rebotar su espada con un chasquido metálico que sonó a decepción en su cabeza. Su brazo cedió con la espada, abriendo su defensa y dejándole expuesto. Intentó dar un paso atrás, pero sabía que nunca sería lo suficientemente rápido.

—Mierda —era curioso. A punto de morir, y todo lo que se le ocurría era una palabra malsonante, como si así resumiera todos los días invertidos en Versus. Ya tendría tiempo de apreciar la ironía en unos minutos, cuando todo hubiera acabado para él.

Una flecha se interpuso. Una maldita flecha salida de la nada que acabó en la cabeza de aquel mastodonte de armadura refinada en lo que parecía hierro negro. Como si su enemigo hubiera olvidado qué se encontraba haciendo un segundo antes, de tal forma que hasta le ofendió la poca atención que había puesto su ejecutor en él, el Rey Arruinado se arrodillo frente al grupo, anunciando su derrota sin necesidad de palabras.

Todo aquello en menos de tres latidos de corazón.

Antes de poder sonreír por su fortuna, alguien desde atrás le empujó — ¿En qué estabas pensando? Casi mueres por no hacernos caso.

— ¡Basta! —gritó Artema para detener a su hermano. Uros retrocedió. Oryon intentó disimular, pero le alegró no tener enfrente a aquella mole. Quizás Uros no tuviera un gran ataque o velocidad, pero necesitaría de toda su habilidad y gastar una suerte que no tenía para quizás, y solamente quizás, poder enfrentarse en igualdad de condiciones a él.

—Es cierto, hermana, y lo sabes. Debemos luchar como una manada de lobos, tú misma lo dijiste. Y hasta donde yo sé, una manada se mantiene unida y hace caso a su alpha.

Artema asintió amargamente, incapaz de negar la realidad.

—Aun así, Oryon ha aprendido la lección, ¿verdad? Luchamos unidos, ganamos juntos. —añadió Jaeo, intentando aliviar la tensión mientras zarandeaba amistosamente el hombro de Oryon.

—Lo he hecho.

Uros cruzó su mirada con la de él, pero Oryon decidió evitarlo mirando oportunamente el cuerpo caído del Rey Arruinado.

—Maldito noob —susurró, pero ningún otro miembro de la alianza quiso darle importancia al insulto de Uros.

Kuro zarandeo su hombro también a modo de apoyo. Él no quiso saber nada. Era consciente que la había cagado, pero no pensaba admitirlo. Mejoraría y sería el mejor de todos. Lo sabía, y entonces Uros le pediría perdón, o consejo, o ambas. Quizás, si Uros conseguía ser tan bueno como él, valoraría tenerlo a su servicio.

—Como sea, el loteo me ha caído a mí, al menos una parte —susurró Kuro, mientras mostraba un escudo majestuoso con un grabado en negro de una corona. Acto seguido lo ofreció a Uros. —Tú harás mejor uso de él. Un tanque necesita la mejor defensa de toda la alianza.

Uros apenas supo que decir, más que un simple gracias tan tímido que parecía salido de un niño de primaria al recibir su merienda favorita. No obstante, la emoción le embargó al instante, levantando el escudo y mostrando las fabulosas estadísticas a todos.

Versus quería seguir burlándose de él, pensó Oryon. Cualquier idiota conseguía un arma decente. Debía pensar de poder contrarrestar la estrategia de Uros, solamente en caso de necesitar enfrentarse a él. La penetración de armadura y la velocidad serían claves, y no le vendría mal algo de daño por sangrado. No le dio tiempo a analizar mucho más a la mole del escudo, ya que sintió un pequeño golpe a su espalda. Conforme se giró, pudo ver a Artema sonreír mientras le ofrecía una espada bastarda de filo negro. La Espada del Rey Arruinado.

—Creo que le darás mejor uso que yo. A fin de cuentas soy un bardo, y ya he conseguido la corona del boss.

El mango era majestuoso, en espirales negras que parecían aceitosas, pero que al tacto eran tan firmes como la roca. Parecía diseñada para él. Estaba seguro que así era. Se quedó embobado mirando el filo mientras la empuñaba. Al trasluz se podían adivinar grabados de brillo morado a modo de runas. Ya tendría tiempo de leerlos, o para analizar detenidamente la descripción del arma. Por fin conseguía algo de lo que merecía.

—Los Mirmidores luchan unidos y ganan unidos —sentenció Artema, sonriendo mientras contemplaba la cara de Oryon.

—Como una manada, entonces —añadió Uros.

Artema no cesó en mirar a Oryon. Él se dio cuenta y se sintió incómodo. Estaba a punto de decirle que se metiera en sus asuntos. — ¿Qué mosca te ha picado? ¿Acaso no tienes nada mejor que hacer? ¿Vas a quitarme la

espada? Inténtalo —pero no llegó a pronunciar esas palabras.

— ¿Te gusta? Es una espada magnífica. —Artema ya se había equipado la corona. No pudo evitar reírse.

—Pareces una idiota con eso puesto. Yo desinstalaría el juego si me viera como tú —solamente Kuro rió, y de una forma bastante incómoda. Por unos segundos, nadie dijo nada, aunque no le gustaba la forma en la que le miraban.

—Como sea, necesito que hagáis algo —Artema se ajustó la corona, como si intentara mejorar su aspecto, aunque por muy mal que se viera, no parecía dispuesta a desequiparla. Una lástima, hubiera hecho buen juego con su nueva espada.

—Tú dirás, lobo alpha. ¿Qué se te ofrece?

—Algo que Oryon lleva incluso peor que pelear —esta vez todos rieron, Uros el que más.

—Dudo que nada se le dé peor.

—Vais a tener que socializar —de acuerdo, quizás aquello si se le diera peor que luchar dentro de un videojuego.

..

Aquel parecía un sitio tan bueno como cualquier otro, sentenció Maple, así que tomaron asiento. La taberna de la aldea no era muy grande, pero sí estaba muy concurrida, algo lógico teniendo en cuenta que se encontraban en una de las rutas de paso desde Magnas a las montañas del norte, donde algunas de las misiones que más experiencia daban para niveles bajos tenían lugar.

—El herrero es un jugador —sospechó Oryon, que no había visto nada así. ¿Quién querría jugar haciendo armas para los demás?

— ¿Eso te parece extraño? Supongo que ha comprado el terreno para fundar su propia herrería y sacar algo de dinero. No es el primero a quien veo.

— ¿Eso puede hacerse?

La cara de su acompañante no tuvo precio. El mirmidor no se habría sorprendido tanto ni aunque le hubieran asegurado que la luna era redonda. — ¡¿En qué mundo vives?! Pues claro que puedes comprar terrenos en el juego y especializarte en lo que quieras. No en Magnas, que es la ciudad de inicio, pero sí en todo el resto del mapa. Magnas es un

área insignificante en comparación al resto de territorios, la mayoría aún sin explorar. Las alianzas más grandes están comprando todo el terreno que pueden, y algunas de ellas incluso ya están peleando por ellos.

—Las primeras guerras.

—Nunca nos vamos a librar de ellas, ni siquiera en un videojuego.

— ¿Y por qué querríamos hacerlo? En mi opinión, esas guerras y batallas es lo que hacen que queramos volver al juego. ¿Qué finalidad tiene sino enfrentarnos a enemigos controlados por la máquina? — El verdadero premio debía ser el terreno. Obligar a pagar peajes, controlar ejércitos, pagar mercenarios. Estar en la cima de la pirámide. Eso quería Oryon.

—Puede que tengas razón. Pero algunos se conforman con una herrería. O con una taberna.

— ¿La taberna también? —Maple asintió.

—Seguramente. No controlada directamente por el dueño, claro, que pasará sus días viviendo aventuras a saber dónde. Pero todo aquello que consumamos en la taberna, debes saber que irá al bolsillo de alguien.

Era como su trabajo. O cualquier trabajo del mundo. Él hacía hamburguesas para hacer rico a algún payaso que vivía en una mansión de algún país lejano. Compraba un refresco en el supermercado con unas monedas que iban al bolsillo de alguien. No veía por qué Versus debía ser diferente, por más espadas que empuñara.

Con ese pensamiento entró a la taberna. La Tasca Gat. Un nombre poco original, en su opinión.

—Definitivamente, el lugar perfecto. Un nido de ratas, o de niños rata en nuestro caso. Al entrar, divisaron al menos una veintena de jugadores, todos ellos de nivel bajo, tal como habían previsto. Inmediatamente, activaron un aviso en el mural del fondo, allí donde se podían activar misiones secundarias y los jugadores intercambiaban mensajes. A Oryon le hizo gracia ver las maneras tan imaginativas de insultarse sin poder usar palabras como puta, gilipollas o subnormal, pero sustituyendo algunas vocales por números para saltar el filtro censor del juego. Maple colgó el cartel propio, anunciando el reclutamiento de nuevos jugadores para la alianza de los Mirmidores. Oryon lo observó desde la mesa de la taberna, mientras veía a dos tipos enormes repartirse puñetazos de una forma un tanto cómica. Al parecer, en Versus podía haber sido posible encontrar una batalla incluso en el retrete, si no fuera porque los avatares no necesitaban cagar, claro estaba.

—Ahora solo debemos esperar —llegó Maple con dos jarras de lo que parecía cerveza. Parecía, claro estaba, porque era imposible que se fomentara el uso del alcohol dentro de un videojuego. En lugar de eso, al líquido ámbar lo llamaban Jugo de skeker. Era dulce, aunque para lo único que le servía a Oryon era para preguntarse qué diablos era un skeker y por qué no había matado ya unos cuantos.

— ¡Puag! Demasiado dulce para mi gusto. Prefiero un tercio de cerveza. Después de desconectarme del juego, iré a la terraza de un bar a tomarme una. —A Oryon nunca le había gustado la cerveza, demasiado amarga. Aunque era cierto que casi nunca se le presentaba la ocasión de bajar con nadie a un bar a tomar algo. Sabía que algunos de sus amigos lo hacían hace años, pero ya no le llamaban. Él estaba demasiado ocupado trabajando. Quiso cambiar de tema antes de que le propusiera salir a tomar algo en el mundo real. Se sentía muy incómodo rechazando a gente. Normalmente ignoraba sus mensajes o llamadas.

—Parece que nos hemos ganado un brindis. Puede que solo estemos tú y yo en la taberna como miembros de los Mirmidores, pero ¡qué demonios! Hemos crecido bastante —Maple levantó su copa de jugo de skeker, pero Oryon no hizo lo propio.

— ¿A qué te refieres? —preguntó extrañado.

— ¿A qué me refiero? Al ranking de alianzas, por supuesto.

Oryon seguía sin saber de qué hablaba, pero aun así levantó la copa para satisfacer los deseos de su compañero.

— ¿No tienes ni idea de qué estoy diciendo, verdad? El ranking de alianzas, amigo. Este último mes hemos escalado cerca de quinientas posiciones y entrado entre las dos mil mejores. Puede que sigamos siendo pequeños, pero no vamos mal encaminados.

— ¡Ja! Seguimos siendo solo seis miembros. Artema, Uros, Kuro, Jaeo y nosotros dos. Y algunos no son del todo buenos. Deben mejorar.

—No seas tan duro contigo mismo, Oryon —no lo estaba siendo, él se refería a Kuro. Aun así no replicó. —De todas formas, ampliaremos pronto la alianza —señaló Maple al cartel, y como algunos de los presentes comenzaban a leerlo. Pronto se les acercarían a hablar.

—Artema está sabiendo llevarlo. Muy sorprendente, teniendo en cuenta que nuestra líder apenas tiene dieciséis años —Oryon escupió la bebida de la impresión. El líquido corrió por su barbilla hasta que se limpió con la manga. —¿No lo sabías? Es muy fácil perder la perspectiva real en Versus, ya que todos usamos estos cuerpos de guerreros creados a medida, pero sí. Ahí donde ves esa bardo intrépida con pinta de amazona, en realidad

es una adolescente con acné.

—Su voz parece de adulta, la verdad —replicó él.

— ¿Acaso tu voz en Versus suena como tu voz real? —a decir verdad, a veces hasta dudaba de cuál era la voz de Héctor y cual la de Oryon. Últimamente incluso había tratado de imitar esa voz en el mundo real. También estaba intentando corregir sus poses y formas de andar, tanto dentro como fuera del juego, para que fueran más acordes a quien se supone que Oryon debía ser, un fiero guerrero.

— ¿Cómo sabes eso? —la sonrisa de Maple se acentuó, pero parece ser que quería disfrutar del momento, como si la curiosidad de Oryon le alimentara tanto como esa bebida, de haber sido el jugo real, claro estaba.

—Cuando formamos la alianza, Artema, Uros, Jaeo y yo hicimos una videollamada por fuera del juego. Todo ello antes de saber que podíamos comunicarnos tan fácilmente dentro del mismo, claro. Eran los primeros días y no sabíamos una —un pitido hizo que la palabra “mierda” no se escuchara, pero Oryon consiguió leerle los labios—. Jaeo es un chico de alrededor de unos veinte años, creo que un universitario, por eso cada vez pasa menos tiempo dentro del juego.

—Eso encaja. Me pareció escuchar que comentaba que tenía exámenes y debía estudiar estas semanas. Aun así, sigue jugando al ritmo habitual.

—No le culpo —añadió Maple —cuando yo era universitario también me pasaba el tiempo jugando en lugar de estudiar.

—Entonces hicisteis una videollamada —intentó retomar el tema. No quería hablar de estudios. El acabó la secundaria y comenzó un ciclo profesional hará unos años, pero se lo dejó enseguida. Desde entonces había estado trabajando de cocinero en una cadena de comida rápida.

—Así es. Ella puso la cámara. Fue apenas unos minutos. Me quedé asombrado, pues no parece en nada la líder que es aquí dentro. Era una chica tímida y algo regordeta, con la cara picada de granos. Aun así, eso no fue lo más sorprendente, sino ver a su hermano Uros.

—Ese idiota... —masculló él. A lo que Maple rió.

—Supongo que son cosas de la edad.

— ¿De la edad?

El arquero asintió. —Eso he dicho. Aunque no lo creas, el hermano de nuestra querida alpha apareció en la llamada. Un adorable niño de once

años con la voz más chillona que puedas pensar. Ese es nuestro imponente tanque —Maple rió, aunque fue el único.

— ¿Estás diciéndome que Uros no es más que un niño rata, es ese a quien estamos siguiendo?

—Yo no he dicho que lo sea. A mi modo de ver, Uros es bastante más confiable que esos niñatos que no hacen más que dibujar penes con la sangre de los animales que matan en los bosques. Lo único que te digo es que quieren que los Mirmidores sea una manada. Ya lo has escuchado. Luchar como los lobos. Todos unidos. Está claro quién es nuestra alpha, una puberta. Y sinceramente yo estoy de acuerdo con eso, aunque le doble la edad. Pero parece que ninguno de vosotros lo piensa, ni tú, ni Jaeo ni Kuro, que una manda implica un beta, y ahora mismo ese puesto lo tiene un chiquillo. ¿Vosotros, los veinteañeros con pelos en las —aunque el pitido lo tapó, supo claramente que palabra quería pronunciar —estáis de acuerdo con eso? La alianza va a crecer, eso está claro. Artema quiere que nuevos miembros se le unan, y eso implica que necesitará mandos fuertes. Ahora bien, Oryon, tu no pareces preparado. Eres el más débil de los seis, y es solo cuestión de tiempo que los nuevos que vengan te hagan sombra o incluso te superen.

Rabió por dentro, pero sabía que Maple tenía razón. Instintivamente acarició la empuñadura de su nueva espada, aquella que tanto esfuerzo le había costado conseguir. ¿Qué hubiera pasado si en lugar de seis miembros, hubieran sido decenas, como en las alianzas más grandes? Sabía de sobra la respuesta.

— ¿Por qué me cuentas todo esto? No lo entiendo —la risa fue la primera respuesta.

—Supongo que porque me aburro. Porque aunque tú, Artema, Jaeo o Uros estéis tan metidos en el juego, para mí no deja de ser precisamente eso. Una afición con la que pasar el rato hasta que se me acabe el paro. Y vosotros estáis divirtiéndome tanto como los enemigos. En vez de disfrutar, no hacéis más que sufrir y preocuparos por algo que no existe. Por unas espadas que jamás manejaréis de verdad, o enemistándoos con personas que nunca os cruzareis en la vida real. Así que, ya que soy un mirmidor tanto como vosotros, he decidido azuzar ese fuego y divertirme viendo saltar las chispas.

Se hizo el silencio. Una quietud que Oryon no parecía dispuesto a quebrar. No así Maple. —Será mejor que vaya a por una ronda más. Debemos contribuir a que el jugador dueño de la taberna se haga rico.

Maple se levantó y se acercó a la barra, donde fue atendido por un NPC

amistoso. Entonces, tres jugadores aparecieron tras de él.

—Perdona, ¿estáis buscando gente para vuestra alianza? En el tablón pone que aceptáis gente de bajo nivel siempre que esté dispuesta a crecer. —Oryon les examinó de arriba abajo. Pese a considerarse bajo nivel, estaba seguro que se encontraban en uno próximo al suyo. Aquello lo amargó. Volvió la vista rápido a Maple, que seguía conversando en busca de dos copas.

—Perdeos de mi vista —la frase finalizó con un pitido.

Capítulo 6

5. Aprendiendo de los mejores.

Kurandres96: ¿estás ya?

Hect0r_x: un min.

Héctor se levantó un segundo del asiento para buscar el micro y ajustar la webcam, quería asegurarse de que se le viera bien. Rebuscó entre el montón de papeles de la izquierda de su escritorio ¿Dónde lo había dejado? Seguramente su madre lo había cambiado de sitio la última vez que se coló en su habitación a limpiar, lo que debía haber sido semanas atrás como mínimo, pues la película de polvo se acumulaba en aquellos pequeños objetos que tenía olvidados en su habitación, las pequeñas reliquias de un presente al que no le daba uso, como el bolígrafo o el montón de folios. ¿Cuándo había sido la última vez que escribió a mano? Ya ni se acordaba.

Kurandres96: ¿Te queda mucho?

Hect0r_x: No, ya estoy.

Kurandres96: Date prisa, el streaming está a punto de comenzar. Dicen que será una batalla bastante grande.

Hect0r_x: LOL. No me toques los wevos.

Quería responder algo más, pero le exasperaba que le metieran prisa para gilipolces como esa. No obstante, Andrés no parecía darse por vencido.

Kurandres96: te paso el enlace, ves dándole por si acaso.

Al fin lo encontró, entre unos auriculares rotos, una camiseta manchada y los restos de una bolsa de aperitivos, en la esquina del suelo de su habitación. Lo conectó rápidamente y con el ratón del ordenador buscó la opción de iniciar la videollamada.

Hect0r_x: vale. Ya está. ¿Te llamo?

Kurandres96: Sí, claro.

Hect0r_x: Ok

En cuanto activó la opción, una nueva ventana emergió en la pantalla del ordenador, mostrando la cara de Andrés desde su cuarto. Al igual que él, aun vestía el pijama, con pelos enmarañados que se camuflaban en los gruesos auriculares que cubrían su cabeza y también en parte por la luz llegada desde una ventana lateral que cegaba parcialmente la visión de Héctor hacia su amigo.

— ¡Por fin! Te llevo esperando media hora. ¿Qué estabas haciendo? —se mostró enfadado su amigo.

—Merendar —le había entrado hambre. Eso no era un pecado.

Andrés hizo una caída de ojos, mostrándose visiblemente frustrado mientras un el claxon de un coche se colaba entre los sonidos de la llamada. Inmediatamente moduló el volumen de la misma para que el sonido ambiente no le perturbara tanto.

— ¿A quién se supone que vamos a ver? —preguntó él. La verdad es que no le había prestado demasiada atención a los streamings de Versus, más allá de para enterarse de lo básico antes de que se pudiera comprar el juego.

—Es Ibai, uno de los mejores casters. Dos de las alianzas más fuertes se disputan un territorio al sur del río Aguazul —el claxon volvió a sonar, frustrando visiblemente a Andrés, que se levantó a cerrar la ventana, fuera del plano de la cámara. Aun así, como el micrófono estaba incorporado a los auriculares, Héctor siguió escuchándole.

—Eso está al sur de Magnas, ¿verdad?

Su amigo afirmó con la cabeza mientras sus ojos viajaban de un lado a otro de su pantalla y un tímido sonido, fruto de la presión del dedo en el botón derecho del ratón, indicaban que estaba comprobando por enésima vez si la retransmisión en directo había comenzado.

— ¡Ya está! Sube la voz.

Héctor hizo caso y abrió de nuevo la pestaña del navegador. Allí buscó la forma de darle volumen a la ventana donde comenzaba a retransmitirse la visión de uno de los casters más famosos de Versus. De repente, una voz joven y ligeramente ronca, pero vivaz y muy modulada, rasgó directamente los oídos de Héctor gracias a sus auriculares.

— ¡Ya estamos aquí! ¡Bienvenidos todos a esta retransmisión de lo que parece ser una de las más grandes batallas que se van a dar en la historia de Versus! Decenas de personajes. ¡Qué digo! ¡De héroes, de titanes

dispuestos a morderse en el cuello para defender los intereses de sus respectivas alianzas! Y aquí estoy yo, Ibai, vuestro caster, y aquí estáis vosotros espectando por vuestros ordenadores. Abrid vuestros refrescos, decid a vuestras madres que vengan. Llamad a vuestros abuelos y anunciadles que vosotros también vais a vivir una guerra. ¡Una de verdad! Hoy nos hacemos todos hombres. Acompañadme en la batalla del Aguazul. ¡Vamos allá!

Le sorprendió la energía del narrador y el énfasis que le ponía a su propio monólogo. Si le hubieran dicho que se trataba de un comentarista deportivo profesional, se lo habría creído sin dudarlo.

Con todo, la retransmisión mostraba una pradera yerma, al borde de un río de inmenso caudal. Parecía que soplaban viento bastante potente, pues las copas de los árboles bailaban violentamente.

—A un lado tenemos el compendio de alianzas de La Mano Negra, los Dorados y los Tigres Místicos, defendiendo su territorio. ¡Se han dejado sus buenos dineritos en comprar estas tierras! Y al otro lado del río nos encontramos a los chicos duros del barrio. El nuevo gallo en el corral que viene a robarles la cartera, ¡Kaos Gamers!

Pelearían a la vera del río. Estaba claro. Era una buena posición defensiva, pues los de Kaos Gamers deberían atravesarlo para hacerse con los terrenos que querían, y en el agua estarían a merced de las flechas de sus enemigos, sin casi posibilidades de defenderse. Aun así, algo le escamaba. No sabía el qué, pero tenía la sensación de que algo se le escapaba.

—Míralo, Héctor. ¿Cuántos jugadores habrán allí reunidos, entre los dos bandos? Cientos, puede que miles. Y en los Mirmidores apenas llegamos a quince, con las nuevas incorporaciones.

Le dolió comprobar la realidad que su amigo le decía, pero tenía razón. Allí donde la retransmisión apuntara, no veía más que jugadores de nivel alto, dispuestos a dejarse la vida en aquella pelea. Uno solo de ellos podría haber pegado una soberana paliza a toda la alianza de los Mirmidores sin apenas pestañear.

—Y ni siquiera están a nivel máximo —añadió Andrés.

— ¿Cómo lo sabes?

—Ningún jugador puede estarlo. El juego ha salido hace apenas unas semanas. Literalmente, nadie ha tenido tiempo de perfeccionar tanto a su personaje. Además, después de hoy será mucho peor.

Héctor vio la oportunidad de lucir sus conocimientos. Era pura lógica —Desde luego. Una vez acabe la batalla, muchos de estos jugadores

habrán muerto y deberán comenzar de cero con nuevos personajes.

Andrés, no obstante, le mandó callar. —Ya empieza.

De repente, subió el volumen todo lo que pudo a la retransmisión, amplió la ventana de la misma para que ocupara toda la pantalla del ordenador y se acomodó en la silla de su escritorio.

— ¡Ahí empieza! Esto es historia de los e-sports, damas y caballeros. Poneros cremita en los pezones por que hoy nos vamos a excitar muchísimo viendo a los grandes entre los grandes de Versus partiéndose la cabeza a espadaos.

El ejército de infantería de Kaos Gamers comenzó a avanzar por el río mientras a sus espaldas los arqueros les daban cobertura. La primera sensación que le dio a Héctor fue la de descoordinación. En una batalla real, estaba seguro que una cadena de mando eficiente era necesaria, pero él ya había saboreado Versus y sabía que era muy difícil hacer que los arqueros atacaran en ráfagas en lugar de a la velocidad que cada uno de ellos quisiera. Por otra parte, la infantería avanzaba por las aguas del Aguazul a distintas velocidades, sin un frente unido.

—Tenemos a los primeros valientes que se lanzan a por el enemigo —pese a las órdenes de los superiores de las alianzas defensoras, muchos jugadores estaban ansiosos por entablar combate, corriendo desde su orilla del río hacia dentro, para encontrarse allí con los jugadores de Kaos Gamers. —Esta es una pelea como las de toda la vida, con el pecho por delante. ¡Zas! A ese jugador parece que le han partido la boca. ¡Que alguien llame al dentista! —Uno de los atacantes cayó de un espadao en la mandíbula, y su cuerpo chapoteó en el agua, hundiéndose irrealmente como si de una piedra se tratara.

Héctor no quitaba la vista de las lizas que se llevaban a cabo. Todos prestaban más atención a cubrirse de los posibles golpes que a atacar en sí, la gran batalla consistía en miles de peleas individuales donde buscaban el error del contrario para castigar. Pocos se lanzaban a golpear sin miramientos, y quienes lo hacían eran castigados irremediamente.

— ¿Dónde va ese loco? —preguntó entre gritos Ibai, apuntando con su visión a un jugador que intentaba cruzar el río ignorando a sus rivales. Intentó lanzar un espadao al único que no pudo esquivar, pero lo único que consiguió fue un golpe de escudo en su cara y un hachazo frontal en el cráneo. —Aquí tenemos a un tío con los huevos bien gordos. Y digo huevos y no cerebro, que de eso le ha faltado. Descanse en paz Nacho Vidal, muerto por un hachazo en la cabeza. Habilidad poca, pero eso sí, la polla muy grande. Un minuto de silencio.

No obstante Ibai no siguió su propia recomendación, sino que siguió casteando con un tono cada vez más apasionado. Héctor asumió que en menos de diez minutos, de seguir aumentando progresivamente su ritmo vocal, el caster acabaría afónico.

— ¿Qué vemos aparecer por allí? Se acabaron los juegos de niños por que llegan los mayores, señores. La plana mayor de Kaos Gamers se lanza al río. Esto se va a poner interesante ¡Ya lo creo que sí! Y la respuesta de las alianzas defensoras hermanadas no se hace esperar y envía a sus proplayers a la orilla del río a defender la posición. ¡Menuda escabechina están haciendo los de Kaos a los masillas y novatos enemigos! Les están dando hasta en el carnet de identidad —era verdad. El agua comenzaba a llenarse de cuerpos que lentamente eran tragados sin miramientos. No debían tenerlos. Al fin y al cabo, los muertos eran solo muertos, ya no importaban a nadie.

Héctor se asombró. Mentalmente calculó que en el tiempo en el que Oryon lanzaba un golpe, cualquiera de aquellos había lanzado tres o cuatro, rodado y defendido su guardia sin perder un ápice de vida. Debía mejorar, y mucho.

— ¡Menuda limpieza están haciendo! ¡Esas alianzas van a quedar más vacías que los servidores de La Liga de las Maravillas!

La cámara se movió a la orilla, donde otra matanza se llevaba a cabo. Los jugadores de más nivel de los defensores acababan sin piedad de todos aquellos que se les acercaban. Parecían formar una especie de muralla humana, esperando a sus contrapartes de Kaos Gamers para aprovechar la ventaja del terreno. El agua del río ralentizaría los movimientos de los atacantes, pero ellos se encontraban fuera. Era una estrategia simple, pero nadie podía asegurar que una estrategia necesitara ser complicada para ganar. Muchas veces, unos planes sin mucha elaboración, pero bien ejecutados, eran mil veces mejores que los castillos mentales intrincados que los aspirantes a general querían presentar. Y esos castillos solían acabar pintados con la sangre de sus propios soldados, sacrificados ante la ineptitud de sus mandos.

—Menudo zasca acaba de pegarle Kapo, uno de los grandes de Tigres Místicos. Su lanza es poesía, señores. ¡Atención, frente a él un tipo con dos espadas y sin armadura! ¡Madre de dios que corte le acaba de pegar —en un momento, ese tal Kapo rajó a su enemigo de un solo ataque y volvió a ponerse en posición. — ¿Te gustan dos espadas porque puedes atacar más rápido sin armadura? ¡Dos ostias te vas a llevar!

La batalla prosiguió así durante casi media hora. Por un lado, los defensores acababan con todos aquellos que osaran acercarse a su orilla del río, todos ellos jugadores de no demasiada habilidad que los proplayers no dudaban en rematar. Por otro, los mejores jugadores de la

alianza atacante luchaban en mitad del río contra todos aquellos que se adelantaban de su línea para pelear en el agua. Eran lobos luchando contra cachorros de chihuahua. Cada ataque, esquivar, combinación de golpes o táctica conjunta entre jugadores, Héctor intentaba atesorarla.

Aun así, había algo a Héctor que no le cuadraba. En cuanto los atacantes de Kaos Gamers llegaran a la orilla, estarían en desventaja contra los defensores de las tres alianzas hermanadas. Parecían saberlo y se tomaban todo el tiempo del mundo en diezmar a sus enemigos en mitad del río. No obstante, ellos también estaban sufriendo cuantiosas bajas. Tarde o temprano, debían lanzarse al ataque u ordenar la retirada, pero eso lo podían haber sabido incluso antes de comenzar a luchar.

—Aquí pasa algo —anunció Héctor.

—Sí, que la Triple Alianza va a ganar —asintió emocionado Andrés.

—Quizá consigamos algún trato favorable para los Mirmidores después de la batalla. Al fin y al cabo, se está decidiendo quien será el poder dominante en Versus. A río revuelto, ganancia de pescadores.

Héctor asintió. La alianza debía aprovechar la situación, pero algo le decía que Kaos no había dicho todo lo que debía.

—Kapo sigue pegando. ¡Madre de dios! Acaba de hacer la típica de esquivar por la derecha y partirle la cabeza por la izquierda. ¡A su rival se le ha desinstalado el juego directamente de la ostia que le ha pegado! Cuando todo esto acabe, por favor, que le hagan una estatua a ese hombre. ¡Te como la punta de la lanza, Kapo! ¡Te la como toda! Nos subimos al Kapo-tren. ¡Chu, chu! Está carrileando a su alianza.

—Dios mío, qué rota está la lanza —susurró él. Por un momento, admiró la previsión de Andrés por especializarse en ella.

Algo cambió en el curso de la batalla. Fueron varios factores sucediéndose a la vez y que difícilmente podía describir. Muchos de ellos, más que verlos en la pantalla, los intuyó. Por un lado, los atacantes por fin se lanzaron a través del río contra la alianza de defensores, acabando rápidamente con los novatos que los entretenían y dejando claro que, hasta ese momento, habían estado haciendo tiempo. Por otra parte, los defensores centraron su atención a sus espaldas, donde desde lo lejos una gran masa de guerreros parecía aproximarse. Poco más de una centena de guerreros se aproximaban para arrasar a los defensores, que ahora se veían obligados a defender sus dos costados desde una formación en línea. Héctor sonrió. Sabía que los de Kaos Gamers tenían algún as guardado bajo la manga.

—Que cabrones...—se amargó Andrés, entre risas. Héctor aplaudió mansamente desde la silla de su escritorio en señal de respeto. La

cuestión ya no era quien ganaría la batalla, sino cuanto tardarían en retirarse los defensores.

— ¡No puedo creer lo que ven mis ojos! ¡Les han hecho la del trilero! ¿Dónde estás que no te veo? ¡Pues aquí estoy, partiéndote la espalda de un espadazo! Por la retaguardia llegan nuevos guerreros. ¡Y quién los comanda! Es Qawsed, de Los Medici, alianza hermanada de Kaos. Pero atención, madre mía. ¡Que no dirige una carga de jugadores! ¿Qué ven mis ojos? ¿¡Qué ven mis ojos!?! Son NPC´s de alto nivel. De nivel máximo.

¿Acaso eso podía hacerse? Se preguntó Héctor. Aunque la respuesta la tenía en su pantalla. Era obvio que sí. A golpe de billetera, Kaos Gamers y Medici habían arrasado con sus rivales.

— ¡Se retiran! Esto no da para más. Superados en todos sus frentes. Los atacantes han recurrido a contratar NPC´s para tener superioridad. Una táctica algo sucia, pero efectiva, porque ahora son los nuevos gallos del corral. Controlan más territorios que nadie, arrebatan tierras al resto de alianzas y son dueños y señores de Versus.